

CLÁSICOS



Novela de ajedrez

Stefan
Zweig

Traducción de Ariel Magnus

GRANTRAVESÍA

A bordo del gran vapor que debía salir a medianoche de Nueva York a Buenos Aires reinaba el habitual ajetreo y movimiento de última hora. Los invitados de tierra se empujaban entre sí para despedirse de sus amigos, los muchachos de los telegramas con sus gorras ladeadas lanzaban nombres a voz en cuello a través de los salones, baúles y flores pasaban de un lado a otro, los niños curioseaban subiendo y bajando escaleras, mientras que la orquesta seguía imperturbable con su show de cubierta. Estábamos conversando con un conocido sobre el puente de paseo, algo apartados de este alboroto, cuando a nuestro lado estallaron dos o tres veces unos flashes estridentes: al parecer, los periodistas entrevistaban y fotografiaban rápidamente a algún famoso justo antes de la partida. Mi amigo levantó la vista y sonrió.

—Tiene ahí un bicho raro a bordo: Czentovic.

Evidentemente debí de haber puesto cara de no haber entendido su referencia, porque agregó a modo de explicación:

—Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Recorrió Estados Unidos palmo a palmo, de este a oeste, disputando torneos, y ahora viaja hacia Argentina en busca de nuevos triunfos.

Entonces me acordé efectivamente de ese joven campeón mundial y hasta de algunas particularidades en relación con su carrera meteórica; mi amigo, un lector de periódicos más atento que yo, completó el cuadro con toda una serie de anécdotas. Hacía cosa de un año, Czentovic se había puesto de golpe a la misma altura que los más

El texto sigue la edición de Klemens Renoldner, Reclam, 2013. Cf. el epílogo más adelante. (Todas las notas son del traductor.)

acreditados decanos del ajedrez, como Alekhine, Capablanca, Tartakower, Lasker y Bogoliúbov. Desde la participación del niño prodigio Rechevsky, por entonces de siete años, en el torneo de ajedrez de Nueva York de 1922, nunca la irrupción de un completo desconocido dentro del ilustre gremio había causado tamaña sensación generalizada. Porque los atributos intelectuales de Czentovic no parecían de ningún modo augurarle de antemano una carrera tan deslumbrante. Muy pronto se filtró el secreto de que ese campeón de ajedrez era incapaz, en su vida privada, de escribir en ningún idioma una frase sin errores de ortografía y, como se mofó con rencor uno de sus colegas más resentidos, su incultura resultaba “igual de universal en todas las áreas”. Era hijo de un barquero eslavo muy pobre, cuya embarcación minúscula había sido arrollada una noche en el Danubio por un vapor que transportaba granos. Doce años tenía cuando murió su padre y un cura de un sitio apartado lo adoptó por compasión, abocándose de buena fe a suplir por medio de clases particulares en su casa lo que este niño de frente ancha, al que no le gustaba hablar ni parecía escuchar, estaba incapacitado de aprender en la escuela del pueblo.

Pero los esfuerzos del buen cura fueron en vano. Mirko se quedaba mirando con extrañeza las letras que ya le habían explicado cien veces; hasta para las materias más simples le faltaba a su cerebro, de lerdó funcionamiento, cualquier fuerza retentiva. Aún con catorce años, debía valerse de los dedos para hacer cuentas, en tanto que leer un libro o un periódico significaba para el ya adolescente un esfuerzo especial. A la vez, de ninguna manera podía

tildárselo de reacio o de terco. Cumplía obedientemente con lo que se le mandaba a hacer; ya fuera buscar agua o hachar leña, participaba del trabajo en el campo, ordenaba la cocina y ejecutaba de manera fiable, aunque con una lentitud fastidiosa, cada tarea que se le exigía. Lo que más contrariaba al buen padre respecto al testarudo muchacho era su absoluta falta de interés. No hacía nada sin que lo exhortaran a hacerlo, jamás planteaba una pregunta ni jugaba con los otros jóvenes ni se buscaba por sí solo una ocupación, mientras no se la ordenaran expresamente; no bien terminaba con las tareas del hogar, Mirko se sentaba en algún lugar de la habitación y se quedaba mirando hoscamente con ojos vacíos de oveja en la pradera, sin participar en lo más mínimo de los acontecimientos que tenían lugar a su alrededor. Por las tardes, mientras que el cura, degustando su larga pipa campesina, jugaba las habituales tres partidas de ajedrez con el oficial de gendarmería, el joven rubio de pelo desgredado se sentaba en silencio a su lado y miraba el tablero a cuadros con párpados pesados, aparentemente adormecido e indiferente.

Una tarde de invierno, mientras los dos compañeros de juego estaban sumidos en una de sus partidas diarias, llegó desde la calle principal del pueblo el sonido de campanas de un trineo acercándose cada vez a mayor velocidad. Aplastando la nieve a grandes pasos, entró precipitadamente un campesino de gorra espolvoreada de nieve: su anciana madre estaba moribunda y quería que el cura se apresurara a impartirle a tiempo la extremaunción. El sacerdote lo siguió sin hesitar. El oficial de gendarmería, que aún no había acabado su vaso de cerveza, se encendió una nueva pipa

de despedida y, ya dispuesto a ponerse las pesadas botas de caña alta, se percató de que Mirko miraba impertérrito el tablero de ajedrez con la partida iniciada.

—¿Quieres terminarla? —bromeó, convencido de que el adormilado muchacho no sabría mover correctamente ni una sola pieza sobre el tablero.

El chico alzó la mirada tímida, asintió y se sentó en el lugar del cura. Tras catorce jugadas, el oficial cayó vencido, y hasta obligado a admitir que su derrota no se había debido a ninguna negligencia de su parte. El resultado de la segunda partida no fue diferente.

—¡La burra de Balaam! —exclamó sorprendido el cura a su regreso, antes de explicarle al oficial, poco versado en temas bíblicos, que dos mil años atrás ya había ocurrido un milagro similar, de un ser mudo que encontró de pronto la lengua de la sabiduría.

Pese a lo avanzado de la hora, el cura no pudo abstenerse de desafiar a su fámulo semianalfabeto. También a él Mirko le ganó con facilidad. Jugaba de manera tenaz, lenta, inmutable, sin levantar ni una vez la amplia frente del tablero. Pero jugaba con una seguridad categórica; en los días subsiguientes, ni el oficial ni el cura lograron ganarle una sola partida. El cura, mejor capacitado que nadie para juzgar el acostumbrado retardo de su pupilo, sintió ahora auténtica curiosidad por saber hasta dónde este raro talento resistiría una prueba más severa. Después de pasar por el peluquero del pueblo para que le cortase el pelo hirsuto y pajizo y lo dejara más o menos presentable, se lo llevó en su trineo a la pequeña ciudad vecina, donde sabía de un rincón de apasionados ajedrecistas en el café de la

plaza principal, contra los que por propia experiencia ni él mismo podía competir. No poco fue el asombro en la ronda de *habitués* cuando el cura hizo entrar al establecimiento al quinceañero de pelo rubio paja y cachetes colorados con su abrigo forrado en piel de oveja y las pesadas botas de caña muy alta, que se quedó en una esquina, confundido y con la vista gacha, hasta que lo invitaron a acercarse a una de las mesas. En la primera partida perdió, debido a que nunca había visto la apertura siciliana en la casa del buen párroco. En la segunda ya alcanzó un empate contra el mejor jugador. A partir de la tercera y de la cuarta, los fue venciendo a todos, uno tras otro.

En una pequeña ciudad de provincias del sur eslavo ocurren pocas cosas que exalten los ánimos, de modo que la primera presentación de este campeón campesino se convirtió de inmediato en un hecho sensacional para los ciudadanos honorables que se habían reunido en el lugar. Se decidió por unanimidad que el niño prodigio debía quedarse sin falta hasta el otro día en la ciudad, a fin de que se pudiera convocar a los otros miembros del club de ajedrez y, sobre todo, notificar en su castillo al viejo conde Simczic, un fanático del juego. El cura, que ahora miraba a su pupilo con un orgullo novedoso, pero que pese a su felicidad de descubridor no quería faltar a su obligatorio servicio de misa dominical, se declaró dispuesto a dejar allí a Mirko para un segundo examen. El joven Czentovic fue alojado en un hotel a costa de los ajedrecistas del café y esa tarde vio por primera vez un inodoro. A la tarde del día siguiente, domingo, el espacio dedicado al ajedrez estaba repleto. Mirko pasó cuatro horas sentado delante del tablero,

venciendo a un jugador tras otro sin moverse, sin hablar una sola palabra y sin levantar la vista; al final, se propuso una partida simultánea. Demoraron un rato en hacerle entender al ignorante que en una partida simultánea debía enfrentar él solo a diferentes jugadores. Pero no bien entendió el sistema, Mirko se avino con rapidez a la tarea, yendo lentamente de mesa en mesa con sus zapatos pesados y chirriantes, hasta ganar siete de las ocho partidas.

Empezaron entonces las grandes consultas. Aun cuando este nuevo as no pertenecía a la ciudad en sentido estricto, el orgullo nacional se inflamó intensamente. Tal vez la pequeña ciudad, cuya existencia en el mapa casi nadie había advertido hasta entonces, pudiera por primera vez ganarse el honor de aportarle al mundo un hombre famoso. Un agente de nombre Koller, que de ordinario sólo gestionaba cupletistas y cantantes para el cabaret de la guarnición, se mostró dispuesto, siempre que le consiguieran un subsidio de un año, a encargarse de que el jovencito fuera instruido profesionalmente en Viena por un conocido suyo, excelente maestro de rango menor. El conde Simczic, que en sesenta años de jugar diariamente al ajedrez nunca se había enfrentado con un adversario tan notable, firmó el contrato de inmediato. Ese día empezó la asombrosa carrera del hijo del barquero.

Medio año más tarde, Mirko dominaba todos los secretos de la técnica del ajedrez, aunque con una limitación peculiar, que más tarde sería observada y ridiculizada en los círculos de expertos. Porque Czentovic jamás logró jugar una partida a ciegas, como se dice técnicamente, es decir, de memoria. Carecía por completo de la capacidad

de trasladar el campo ajedrecístico al espacio ilimitado de la imaginación. Siempre debía tener la cuadrícula blanqui- negra con sus cuarenta y dos escaques y los treinta y dos trebejos palpablemente delante de sí; aun en la época de su fama mundial, siempre llevaba consigo un ajedrez ple- gable de bolsillo, a fin de tener presente ópticamente una posición cuando quería reconstruir una partida magistral o resolver un problema en su fuero interno. Este defecto, en sí de poca monta, revelaba su falta de imaginación y era discutido en los círculos de iniciados con el mismo ardor que si, entre músicos, un virtuoso o un director sobresa- liente se hubiese mostrado incapaz de tocar o de dirigir sin la partitura desplegada. Pero esta característica pecu- liar no retrasó de ningún modo el ascenso estupendo de Mirko. A los diecisiete años ya había ganado una docena de premios, con dieciocho se había alzado con el campeo- nato húngaro y con veinte, al fin, fue campeón mundial. Los campeones más audaces, cada uno de ellos inconmen- surablemente superiores en talento intelectual, fantasía y osadía, caían bajo su obstinada y fría lógica, igual que Na- poleón ante el moroso Kutusow o como Aníbal ante quin- to Fabio Máximo, del que Livio cuenta que en su infancia también había mostrado rasgos igualmente llamativos de indolencia e imbecilidad. De este modo sucedió que, en la ilustre galería de los maestros de ajedrez, que aún entre sus filas los tipos más disímiles de superioridad intelectual —filósofos, matemáticos, naturalezas inductivas, imagina- tivas y a menudo creativas—, por primera vez irrumpió un completo foráneo, un lánguido y taciturno joven del campo al que ni los reporteros más duchos lograban sonsacarle ni

una sola palabra que pudiera ser utilizada con fines periodísticos. Claro está que lo que Czentovic les negaba a los periódicos en sentencias agudas, muy pronto lo reemplazó con anécdotas sobre su persona. Porque al instante de levantarse del tablero, donde era un campeón sin par, se convertía de manera irremediable en una figura grotesca, casi cómica; pese a su solemne traje negro, su corbata pomposa con el alfiler de perla demasiado ostentoso y sus dedos de laboriosa manicura, en su comportamiento y en sus modales seguía siendo el mismo limitado joven campesino que barría el aposento del cura de pueblo. Con torpeza y una grosería francamente desvergonzada, intentaba sacar de su talento y de su fama todo lo que pudiera en términos de dinero, con una avidez mezquina y a menudo incluso ordinaria, para jolgorio y fastidio de sus colegas. Viajaba de ciudad en ciudad, alojándose siempre en los hoteles más baratos, jugaba en las asociaciones más miserables, siempre que le concedieran sus honorarios, se dejaba retratar para publicidades de jabón y —sin prestarle atención a la mofa de sus rivales, perfectamente informados de que era incapaz de escribir tres oraciones de manera correcta— hasta llegó a vender su nombre para una *Filosofía del ajedrez*, escrita en realidad por un joven estudiante de Galitzia a instancias de un editor hábil para los negocios. Como todos los de naturaleza obstinada, carecía de sentido del ridículo; desde que se había convertido en campeón mundial, se consideraba el hombre más importante del mundo y la conciencia de haber vencido en su propio campo de batalla a todos esos oradores y escritores inteligentes, eruditos y deslumbrantes, sumado al hecho

tangible de ganar más dinero que ellos, convirtió la inseguridad original en un orgullo frío, que por lo general manifestaba de manera burda.

—¿Cómo no iba una fama tan veloz a contaminar una cabeza tan vacía? —concluyó mi amigo, que acababa de contarme algunas pruebas clásicas de la prepotencia infantil de Czentovic—. ¿Cómo el hijo de un campesino del Banato no iba a tener un acceso de envanecimiento si de pronto, a los veintiún años, con sólo andar moviendo figuras sobre un tablero de madera, ganaba en una semana más que su pueblo entero en todo un año de talar árboles y realizar las faenas más duras? ¿Y no es condenadamente simple, luego, creerse una gran personalidad, si uno no se encuentra agobiado por la más mínima noción de que hayan existido un Rembrandt, un Beethoven, un Dante o un Napoleón? En su cerebro amurallado, este muchacho sólo sabe una cosa: que hace meses que no ha perdido ni una sola partida de ajedrez. Y como no sospecha que haya otras cuestiones de valor sobre nuestra tierra aparte del ajedrez y del dinero, tiene toda la razón de estar encantado consigo mismo.

Estas informaciones de mi amigo no dejaron de despertar mi viva curiosidad. Siempre me han atraído todo tipo de personas monomaniacas, encerradas en una sola idea, porque cuanto más se limita uno, tanto más se acerca, por el otro lado, al infinito; esta gente, en apariencia divorciada de la realidad, es precisamente la que dentro de su asunto específico se construye, al modo de las termitas, una síntesis del mundo curiosa y bastante única. De modo que no disimulé mi designio de estudiar con mayor

atención este raro espécimen de estrechez intelectual durante los doce días de nuestro viaje a Río.

—En eso tendrá poca suerte —me advirtió, sin embargo, mi amigo—. Hasta donde sé, nadie ha logrado extraer de Czentovic ni el menor componente psicológico. Tras todas sus enormes limitaciones, este campesino pícaro esconde la gran astucia de nunca exponer sus flaquezas, gracias a la sencilla técnica de evitar cualquier conversación que no sea con coterráneos de su mismo ambiente, a los que busca en las fondas pequeñas. Donde olfatea a una persona culta, se mete en su caparazón; por eso nadie puede vanagloriarse de haberle oído decir ninguna tontería o de haber medido la profundidad aparentemente abismal de su ignorancia.

Y, en efecto, mi amigo no dejaría de tener razón. Durante los primeros días de viaje, demostró ser del todo imposible acercarse a Czentovic sin caer en una impertinencia grosera, cosa que no es mi estilo. Si bien caminaba a veces por la cubierta de paseo, siempre lo hacía con esa postura orgullosamente absorta, de manos entrelazadas a sus espaldas, como Napoleón en la pintura famosa; además, completaba siempre con tal premura y brusquedad sus rondas peripatéticas por cubierta que habría que haberlo seguido al trote para poder dirigirle la palabra. En las salas de socialización, en el bar y en el salón de fumadores no se mostraba nunca; como me comunicó el camarero tras una pesquisa confidencial, pasaba la mayor parte del día en su camarote, ejercitando o recapitulando partidas de ajedrez en un tablero imponente.

Después de tres días, empezó de veras a fastidiarme que su técnica de evasión resultara más hábil que mi voluntad

de aproximarme a él. Nunca había tenido la oportunidad, en toda mi vida, de conocer en persona a un campeón de ajedrez, y cuanto más me esforzaba ahora por ver personificado a ese arquetipo, tanto más inconcebible me parecía una actividad cerebral que se pasa el día entero girando exclusivamente alrededor de un espacio de sesenta y cuatro casillas negras y blancas. Conocía, por propia experiencia, la atracción misteriosa del “juego regio”, el único entre los inventados por el ser humano que se sustrae de manera soberana a cualquier tiranía del azar y le asigna la corona de la victoria únicamente a la inteligencia o, más bien, a una forma específica del talento intelectual. Pero ¿no se cae ya en una restricción ofensiva al tildar de juego al ajedrez? ¿No es también una ciencia, una técnica, un arte, flotando entre estas categorías como el ataúd de Mahoma entre el cielo y la tierra, un enlace único de todos los pares de opuestos? Antiquísimo a la vez que eternamente nuevo, mecánico en su disposición a la vez que sólo efectivo, a través de la fantasía, confinado a un espacio geométrico rígido, pero de combinaciones ilimitadas, en constante desarrollo y al mismo tiempo estéril, un pensamiento que no lleva a ninguna parte, una matemática que no calcula nada, un arte sin obras, una arquitectura sin sustancia y no por eso menos demostradamente perdurable en su esencia y en su existencia que todos los libros y obras, el único juego que le pertenece a todos los pueblos y a todas las épocas y del que nadie sabe qué dios trajo a la tierra a fin de matar el tedio, aguzar los sentidos y fortalecer el espíritu. ¿Dónde empieza y dónde termina? Cualquier niño puede aprender sus reglas básicas, cualquier diletante hacer el intento de jugar-

lo; sin embargo, dentro de esta cuadrícula inalterablemente estrecha se crea una especie particular de maestro, incomparable con cualquier otro, personas con un talento volcado en exclusiva al ajedrez, genios específicos en quienes visión, paciencia y técnica operan de manera efectiva en una distribución igual de determinada que en el matemático, el poeta y el músico, sólo que con una estratificación y concordancia diferentes. En épocas pasadas de pasión fisonómica, un Gall* habría diseccionado tal vez el cerebro de estos maestros, a fin de determinar si en semejantes genios existía una circunvolución especial de la masa gris, una suerte de músculo o tuberosidad ajedrecística que se encontrara inscrita con mayor intensidad que en los otros cráneos. ¡Y cómo hubiera estimulado a un fisonomista de ese tipo el caso de un Czentovic, donde ese genio específico aparecía incrustado en una absoluta indolencia intelectual, como una única veta de oro en un quintal de dura piedra! En principio, siempre me resultó comprensible que un juego así de único y superlativo debía crearse sus propios titanes, pero qué difícil, qué imposible más bien, imaginar la vida de una persona mentalmente ágil para la que el mundo se reduce a la estrecha calle de un solo sentido entre el blanco y el negro, que busca los triunfos de su vida en un mero ir y venir, adelante y atrás, entre treinta y dos figuras, una persona para la que una apertura nueva, adelantar el caballo en vez del peón, ya significa una proeza y un triste rincón de inmortalidad en un recodo de un libro de ajedrez: ¡una persona, una per-

* El médico alemán Franz Joseph Gall (1758-1828), fundador de la frenología o *Gallesche Lehre*, ya controvertida por la época en que ocurre la novela.

sona pensante, que, sin volverse loca, aplica durante diez, veinte, treinta, cuarenta años todo el potencial de su pensamiento, una y otra vez de nuevo, a la ridícula labor de acorralar un rey de madera sobre un tablero de madera!

Ahora tenía un fenómeno semejante, un genio tan peculiar o un loco tan enigmático, por primera vez bien cerca en un mismo espacio cerrado, a seis camarotes de distancia en el mismo barco, ¿y yo, un desgraciado en quien la curiosidad en cuestiones intelectuales siempre degenera en una suerte de frenesí, no iba a estar en condiciones de acercármele? Empecé a imaginar los ardidés más absurdos: por ejemplo, el de lisonjear su vanidad simulando querer hacerle una supuesta entrevista para un periódico importante o, aprovechándome de su codicia, proponerle un lucrativo torneo en Escocia. Pero al final recordé que la técnica más acreditada del cazador para atraer al gallo montés consiste en imitar sus chillidos en época de celo; ¿qué podía ser más efectivo, a fin de llamar la atención de un campeón de ajedrez, que ponerme yo mismo a jugarlo?

Ahora bien, nunca en mi vida fui un jugador serio de ajedrez, por la simple razón de que siempre me dediqué a él de manera displicente y por placer; si me sentaba una hora frente al tablero, de ninguna manera lo hacía para esforzarme sino, por el contrario, para aliviar tensiones mentales. “Juego” al ajedrez en el sentido más amplio del término, mientras que los otros, los verdaderos ajedrecistas, lo “enserian”,* como se dice en algunos lugares. Para

* Zweig usa el neologismo *ernsten* (“a fin de introducir una palabra nueva y audaz en el idioma alemán que me prohibió pronunciar Hitler”) en contraposición con *spielen*.